

EL CANTO INACABADO

MURIO Pablo Neruda sin haber podido añadir los últimos versos a su **Canto General**. Releo el libro en una larga vigilia para hacer un comentario para «Tele/Exprés», y al acabar me queda el vacío de unos últimos, imposibles versos, pero indispensables. Unos versos dedicados a ese hombre destrozado, yacente sobre un sofá del Palacio de la Moneda, en las manos paralizado el último tardío intento de asir el timón de la Historia: una ametralladora. Y, sin embargo, el libro tiene espléndida ambigüedad imaginativa, que aplicada a una intención ideológica concreta presta fragmentos cargados de sentido al presente histórico de Chile. Ahí están esos dos versos que parecen dar la clave de la rápida muerte de Neruda.

No quiero que me den la mano empapada con nuestra sangre.

O esa llamada emocionada a la esperanza revolucionaria.

He de llamar aquí como si aquí [estuvieran.
Hermanos: sabed que nuestra [lucha continuará en la Tierra.
Continuará en la fábrica, en el [campo, en la calle, en la salitrera.

En el cráter del cobre verde [y rojo, en el carbón y su terrible cueva. Estará nuestra lucha en todas [partes,

y en nuestro corazón, estas ban- [deras que presenciaron vuestra muer- [te, que se empaparon en la sangre [vuestra, se multiplicarán como las hojas de la infinita primavera.

En este poema creían los dos mil chilenos que acompañaron las honras fúnebres del poeta. Dos mil supervivientes de la muerte y el miedo que aún tuvieron madrigueras para dar vivas a Allende y a Neruda, mientras el lugar estaba a tiro de un cerco de fusiles enviados por la Junta. A poca distancia, en las plazas públicas se amontonaban los libros para la hoguera, es posible que fueran libros escritos por el propio Neruda o robados de su casa, en Santiago de Chile, tras un tran-

quilo saqueo realizado a mayor honra y gloria del orden restituido. Lo cierto es que la cultura escrita era ejecutada con la misma intención y por el mismo programa que había ejecutado a miles de chilenos en la calle o en los sótanos. Mientras la Junta tendía la mano al cadáver de Neruda y le reclamaba como uno de los hijos preclaros de Chile, centenares de intelectuales eran pasados bajo el cuchillo de la justicia sumaria y tal vez habían contribuido en mucha menor medida que Neruda a crear las condiciones ideológicas que hicieron posible la experiencia de la Unidad Popular Chilena y la esperanza del gran cambio histórico universal. Pero el nombre de Neruda estaba escrito ya en el libro que guarda la memoria de la cultura universal, y los vencedores saben que

los intelectuales-víctima tienen un inmenso poder fantasmal de acusación, de tenaz resistencia a lo largo de los años.

La doble revolución de Pablo Neruda

Hijo de ferroviario e institutriz, el joven Neruda ya era un poeta indiscutible a los veinte años, esa edad en la que la insatisfacción sexual o el azaroso futuro arma tantas plumas de adolescentes sensibles que con el tiempo recordarán sus balbuceos poéticos, como recuerdan el primer rasurado o el primer tampax. Amado Alonso, un gran español sin suerte histórica ni intelectual, ha caracterizado a aquel primer Neruda como hijo de la angustia y la desintegración, armado de intuición y sentimiento y ultimador, a la vez que transformador de la corriente poética que desde Whitman, y a través de Rubén Darío, da sentido a la mejor poesía latinoamericana del primer cuarto de siglo. A los veinte años publica «Veinte poemas de amor y una canción desesperada», libro que ya va por el millón de ejemplares editados y vendidos. Estamos ante una poesía de adolescente sensible, dotado de un prodigioso sentido de la imaginación verbal y que parte de su territorio personal e intransferible, para comunicarse con los demás.

Cuando Neruda, vinculado a la diplomacia, sale de Chile, conoce otros mares, otras tierras, otras carnes, se amplía su territorio mo-





ral y mental, y escribe «Residencia en la tierra», libro enormemente revolucionario sin disparar ni un tiro. Se trata de la revolución de vivir sin otra ley que la que impone el contacto de la piel con el aire y la piel ajena. Ya cuando el poeta llega al Madrid republicano como cónsul, vive intensamente aquel espléndido caldo cultural, sin precedentes en España desde el Siglo de Oro. También esta nueva vivencia afectará la poesía de Neruda, cada vez más histórica y sensorial frente a la poesía pura de Juan Ramón y sus muchachos, con quien y quienes entró en conflicto crítico y poético. La guerra de España acelera el paso de Neruda a una poesía de combate, para la que no hace otra cosa que emplear el mismo material verbal, la misma sintaxis aplicados a una intencionalidad distinta y a lo sumo adaptando el ritmo a la ancha respiratoria de la poesía épica. «España en el corazón» será el balance poético de ese encuentro con España y su guerra, e incorporada a la «Tercera residencia», significará el definitivo entronque de Neruda con una poesía decididamente política.

Tercera residencia aparece en 1947 en un momento en que llueve sobre mojado en la vida de Neruda. El partido comunista chileno ha pasado a la ilegalidad y el poeta conoce la diáspora y el azar de la huida clandestina. Conoce el exilio por los caminos del mundo y estalla en él la rabia lógica del que descubre cómo, una



y otra vez, la conquista de lo que ya es evidente se ve interrumpida por la legión blindada de los paralíticos. Culminación de esa rabia será **Canto General**, inmenso monumento verbal consagrado a la memoria humana sobre la dialéctica de víctimas y verdugos. Neruda ya es, por entonces, el poeta más leído del mundo literario hispanoparlante, un símbolo mundial de la «revolución permanente» y una personalidad contradictoria en la que el gusto por los buenos vinos franceses o el camambert en su difícil punto no excluye su constante declaración de principios y su disciplinada militancia en el seno del partido comunista chileno.

Neruda vivió unos años de indiscutibilidad que coinciden con el epílogo de la sentimentalidad personalista, con los estertores del culto a la personalidad. Por eso debió sorprenderle la contestación que percibió últimamente en algunos sectores culturales de la izquierda mundial que le reprocharon su facilidad para estrechar la mano al «represivo» Belaunde Terry después de haberse estrechado a Fidel Castro en La Habana. Neruda contestaba que cuando le estrechaban la mano, de alguna manera aceptaban que él era un revolucionario universal y no un simple orfebre de palabras.

«Canto general»

Muerto Neruda, la peripecia histórica de Chile sitúa en primer

plano **Canto General**. Se trata de una suma de poemas de intención unitaria en el que el poeta roba la épica a los reyes y a los dioses y la regla a los peones del cambio histórico. Había elaborado su lenguaje con las mejores culturas y demostraba que ese lenguaje era apto para cantar las glorias de las víctimas y los pobres de la historia, y que gracias a esa comunión entraba en contacto con los lectores más alejados de la Poesía con mayúscula. **Canto General** ha sido uno de los pocos libros de poesía que ha penetrado en las bibliografías de resistencia popular, en los cuatro puntos cardinales del mundo y por encima de sus adjetivaciones tan elaboradas, ha conectado con toda clase de sensibilidades y posibilidades culturales receptivas. Ya sólo en este aspecto de «milagro de comunicación» es una excepción en la Historia de la Literatura. Pero además es un fascinante experimento de poema épico, construido al margen de las reglas de la poesía épica ultimadas por el romanticismo. Neruda no sólo escribe el primer poema épico marxista de aliento universal, sino que lo hace sobre la base de un lenguaje transformador, lleno de propuestas y reacción a las codificaciones anteriores. Escribía:

Tu mano fue como la geografía,
cavó ese cráter de tiniebla
[verde;
fundó un planeta de tierra
[oceánica

... y se refería al minero chileno que arranca el cobre de la Tierra. «Canto General» representa además un gran esfuerzo de propaganda ideológica para concienciar al pueblo americano sobre su historia y su situación actual, un esfuerzo paralelo al que significa el poema *Los conquistadores*, de Archibald McLeish, pero con una capacidad muy superior de llegar al pueblo. Hay una total identificación entre los latinoamericanos y «Canto General», como puede comprobarlo en el transcurso de un Congreso Internacional de Poesía celebrado en Rotterdam en 1971. Neruda era el plato fuerte, y llegaba con su orla de embajador de Unidad Popular en París y de deidad perteneciente al Olimpo Literario. Unos actores uruguayos criticaban ese papel «representativo», que en ocasiones había cargado su figura de peligrosa ambigüedad. Pero llegó Neruda con una cierta insolencia de consagrado, se sentó y leyó «Alturas de Machupiccho». Los actores uruguayos se le entregaron y también el público holandés, que seguía la airada lamentación mediante una traducción multicopiada.

Ahora es posible comprender que Neruda instrumentalizó su función de «gran figura» al servicio de una intención y una dirección política inalterable. Sus obras no hablan de otra cosa que



La voz de Neruda ha sido la voz de su pueblo y la voz de un continente.

EL CANTO INACABADO



Casa de Neruda en Isla Negra.

de una voluntad combativa de cambio en la relación del hombre con los otros y la realidad caerán en el olvido las manos sospechosas que tuvo que estrechar o su gusto por el selecto nacido del selectivo conocimiento de lo selecto. En el fondo, Neruda siempre vistió de cuero sus palabras y las escribió con armamento convencional de combatiente. Nunca regaló una palabra al poder, y ahí quedan, centenares, miles de palabras que acribillan de verdad y que sobrevivirán a la muerte física de su autor o de sus colungantes.

El torpe Fahrenheit de las calles de Chile acumuló en un montón indiscriminado literatura marxista y marxíloga, novelas de Agatha Christie y Conan Doyle, ensayos de supervivencia neocapitalistas del mismísimo Galbraith, obras de Pablo Neruda. De alguna manera la fogata se perpetraba contra el libro y no contra aquellos libros, contra la palabra y no contra aquellas letras impresas. A estas horas, en los rincones más increíbles, la resistencia chilena teje acciones y contracciones, pero también palabras y contrapalabras. Cualquier tipo de comunicado es como el cemento para la difícil solidaridad de la clandestinidad.

Y la obra de Neruda ocupará un lugar y una función de excepción en esa resistencia. Es completamente falso que puedan reivindicarle para su acervo cultural los que aportan su sentido de la historia cortando melenas a los hombres, pantalones a las mujeres y quemando libros. Es imposible que puedan reivindicar ni un milímetro de la mano o de la lengua de Pablo Neruda, y algún día se llevará la sorpresa de que «Canto General» ha crecido, de que las palabras se han reunido para glosar ese cuerpo destrozado sobre un sofá del Palacio de la Moneda, o tantos otros cuerpos destruidos, dinamitados, machacados.

Y si se relee, se percibe que Neruda ya quiso darle un último toque de canto inacabado.

Y nacerá de nuevo esta pala-
[bra,
tal vez en otro tiempo sin do-
[lores,
sin las impuras hebras que ad-
[hirieron
negras vegetaciones en mi canto,
y otra vez en la altura estará
[ardiendo
mi corazón quemante y estre-
[llado.

Así termina este libro, aquí dejo
mi «Canto General», escrito
en la persecución, cantando
[bajo
las alas clandestinas de mi pa-
[tria.

Hoy, 5 de febrero de este año
de 1949, en Chile, en «Godomar
de Chena», algunos meses antes
de los cuarenta y cinco años de
[mi edad.

■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.